

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

“Miradas de la exclusión social”.

Cristina Micieli.

Cita:

Cristina Micieli (2004). *“Miradas de la exclusión social”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/575>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

PONENCIA: “Miradas de la exclusión social”

AUTORA: Cristina Micieli¹ / cmicieli@web-mail.com.ar

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UBA

La afirmación de la necesidad del Otro para la gestación de la propia identidad, y para encontrar una significación a la vida, echa sus raíces ya en los albores de nuestra cultura. Esta comunicación, en tal sentido, intenta asociar la realidad de la exclusión social con los grandes temas tratados por la literatura y la filosofía occidentales.

La necesidad del sentido

Desde la tragedia de Esquilo, *Prometeo encadenado*, el héroe griego enseñó a los hombres que son mortales; definitiva e insuperablemente mortales. Pero ser mortal y saberlo consiste en una enfermedad que requiere un remedio. Prometeo encontró este remedio y lo entregó, inculcando a los hombres “esperanzas ciegas”. Esperanzas ciegas, esperas oscuras y vanas; las armas con las cuales el hombre enfrenta su condición de mortal, condición que, de otra manera, le sería insoportable. De tal modo que cuando el coro habla de un “don muy útil”, la respuesta no es irónica.

¹ Socióloga, Magíster en Filosofía de la Cultura (UNSAM, 2001) y doctorando en Filosofía. Es profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional San Martín (UNSAM). Ha publicado numerosos artículos

En efecto, la verdad sobre la condición fundamental del hombre —su mortalidad— podría haberlo aplastado. El contrapeso consiste en las esperanzas ciegas, lo cual se refiere a todo lo que el hombre *hace o puede hacer* en su vida. Por supuesto que el futuro se desconoce, sin embargo, estos dos elementos constituyen al hombre —por lo menos al hombre griego: el conocimiento de la muerte y la posibilidad de un hacer/crear; posibilidad que agudiza, paradójicamente, el conocimiento de la muerte.

Grecia constituye la más brillante demostración de la posibilidad de transformar esta antinomia en una fuente de creación.

Es así que la socialización se constituye sobre la necesidad biológica (hambre) pero, además y de manera mucho más fuerte, sobre la necesidad psíquica del sentido. El hombre debe darle un sentido a su vida mortal y efímera, y, precisamente, la sociedad y sus instituciones deben velar por esta necesidad primordial del psiquismo: la búsqueda del sentido.

Es decir que las instituciones están animadas y son portadoras de significaciones, que C. Castoriadis llama *significaciones imaginarias sociales*.² Precisamente el Estado, entre otras instituciones, está animado por este tipo de significaciones.

Una vez creadas, tanto las significaciones imaginarias sociales como las instituciones se cristalizan o se solidifican, configurando un imaginario social constituido, también en conceptos de Castoriadis. Este asegura la continuidad de la sociedad, la reproducción y la repetición de las mismas formas, que de ahora en

de índole filosófica y cultural. En 2003 la Editorial Biblos publicó *Foucault y la fenomenología. Kant, Husserl, Merleau-Ponty*, de su autoría.

² Véase Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 1993.

más regulan la vida de los hombres y permanecen hasta que un cambio histórico venga a modificarlas o a reemplazarlas radicalmente por otras.

La autoconciencia y el reconocimiento del Otro

En el capítulo “Autoconciencia” de *La fenomenología del espíritu* de Hegel se halla el famoso pasaje sobre el Señorío y la Servidumbre (conocido como la dialéctica del amo y el esclavo).³

Como sabemos, desde que Descartes descubriera el *cogito*, tanto en ese filósofo como en Kant, sólo un proceso teórico-reflexivo es el único capaz de permitirnos acceder a la autoconciencia. En este sentido, lo nuevo en Hegel es que la autoconciencia se constituye no ya a través de la reflexión o en la inmanencia del yo, sino que se realiza por medio de la lucha y el trabajo, o sea en una dimensión que podemos llamar práctica. Es decir que, según Hegel, es en la interacción, o en una dimensión intersubjetiva, donde se constituye la subjetividad.

Cada yo busca el reconocimiento del otro, pero no sólo desde un punto de vista formal, sino que nuestra existencia se consolida a través de la imagen que el otro tiene de ella, y, a su vez, se convalida en el modo en que se refleja en el otro. Estas imágenes del hombre configuran la humanidad de la cultura, en conceptos de Ricoeur.⁴

³ La dialéctica Señorío/servidumbre es tratada por Hegel en el capítulo “Autoconciencia”, sección “Independencia y sujeción de la autoconciencia; señorío y servidumbre” de *La fenomenología del espíritu*.

⁴ Véase Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, Libro I, Capítulos 1, 2, 3 y 4, Madrid, Taurus, 1991.

¿Qué ocurre, entonces, cuando esta dimensión intersubjetiva se erosiona ante el problema social actual de la exclusión y cuando el trabajo ha dejado de ser un componente decisivo en la formación de la identidad? Y asimismo, ¿qué pasa cuando las significaciones sociales largamente sostenidas dejan de alimentar los imaginarios sociales?

Hay un extendido sentimiento de que hemos sido lanzados a la deriva sin “carta de navegación”. La ansiedad, producto de la inseguridad, del sentimiento de insignificancia personal y de los de incertidumbre e infelicidad parecen ser dominantes en nuestra sociedad. La conciencia de la gente es azotada por el temor, la soledad, la indiferencia. Muchos sienten que quieren escapar de este mundo, ya sea modificándolo, ya sea retirándose a la propia interioridad. Estos sentimientos surgen en circunstancias en las que la sociedad y la cultura se están transformando y las estructuras de orden, poder, creencias, significados se fragmentan, se metamorfosean.

Sin embargo, algo es seguro: la zona de exclusión se ha ampliado. Lo Otro, lo rechazado, lo negado por esta sociedad aumenta, y cada vez son menos los que pueden reconocerse en el espejo de lo Mismo. De ese Otro poco se sabe. Recién en los últimos tiempos se están llevando a cabo diversas investigaciones para descifrar el enigma, que permiten anticipar que por el grado de exclusión, estos sectores, en buena medida, han dejado de ser objeto del saber y son una incógnita para el poder.

Visibilidad/invisibilidad o ¿el Panóptico astillado?

Desde los griegos, la visión fue la gran metáfora del conocimiento racional. Incluso se afirma que la modernidad adoptó un “estilo óptico”.

Así, por ejemplo, con la metáfora del Panóptico,⁵ Foucault quiso develar el sueño y la voluntad de una nueva clase dominante —la burguesía— que necesitaba dotarse de dispositivos disciplinarios para defenderse de sus enemigos mediante una dominación eficaz, intensa y disimulada, al mismo tiempo que adiestraba a los individuos según las exigencias del capital.

Frente a la abstracción de la ley, las disciplinas se situaron en un nivel empírico, ejerciéndose indisolublemente unidas a un espacio arquitectónico.

Asimismo, las disciplinas no remiten a un sujeto de derecho anterior a ellas, sino que son técnicas de coerción que se aplican sobre un objeto específico: el cuerpo de los individuos.

Las técnicas disciplinarias estuvieron íntimamente ligadas a los procesos de explotación económica, e implicaban un *cercos político del cuerpo*.

Al lado de los centros institucionales —las formas visibles del poder—, en los límites del derecho, en zonas fronterizas, operan los dispositivos de poder que establecen formas más empíricas de sujeción.

Frente a los aparatos estatales —normas e instituciones—, las disciplinas se ejercen en buena parte sin el uso de la fuerza, discretamente, mediante el poder de la mirada. “Un arte oscuro de la luz y de lo visible...”

⁵ Véase Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1989.

Las técnicas de adiestramiento son inseparables de esa mirada vigilante que atraviesa los cuerpos creando efectos de poder y saber, lejos de las solemnidades del derecho. La mirada panóptica no deja zonas de sombra, pues produce la sujeción y el sometimiento de los vigilados por efecto directo del principio de visibilidad.

En este sentido, el poder pasa a ser incorpóreo, porque su eficacia, su poder de coacción ha pasado al otro lado de su superficie de aplicación. “El que está sometido a un campo de visibilidad y lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder”.

El Panóptico es un edificio transparente donde el ejercicio del poder es controlable por la sociedad por entero.

Indagaremos, ahora, la nueva red capilar de las disciplinas ante el nuevo contexto político-económico nacional. Intentemos llevar este concepto a la problemática de la exclusión social. En este sentido, es necesario delimitar el modelo panóptico.

Así, por ejemplo, la situación de las personas excluidas debe comprenderse a partir de rupturas, desfases, interrupciones que vivieron. Lo que los marca son las distancias y las diferencias y no las positivities corrientes (ingreso, nivel educativo, profesión u oficio, etc.). Los excluidos no constituyen un orden, una clase o un cuerpo. Indican antes bien una falla en el tejido social. Estos grupos tienen en común el hallarse sometidos a diversas formas de sumisión y agravios, a padecer múltiples limitaciones, el encontrarse, en fin, sujetos a diversas relaciones de privación. Estas relaciones que son, asimismo, relaciones de poder, los someten y los condicionan en la medida en que una de las partes queda privada de bienes simbólicos o materiales imprescindibles para su subsistencia en

condiciones dignas. Contribuyen, además, a los procesos de deconstrucción de su identidad personal y social y limitan su capacidad de acción histórica. Y en este caso, parece atinente también, y sumamente valioso, el análisis microfísico del poder en Foucault,⁶ ya que éste desenmascara una economía política ejercida sobre los cuerpos, cuerpos en este caso, desnutridos o mal alimentados, abandonados.

Asimismo, estas relaciones de privación se traducen, a nivel normativo, en la violación de derechos humanos fundamentales: frente al trabajo, hoy precario jurídica y empíricamente; a la educación y a la formación profesional, ya que no pueden elegir ni la de sus hijos ni la propia, debiéndose someter a la ficción de la demanda y del equilibrio del mercado; a la salud, sólo un atributo de reducidos grupos sociales; al derecho y a la justicia; a los servicios ya que los procesos de privatización han excluido a amplias capas de la población; al tránsito debido a la invasión del espacio privado sobre el público, lo cual dificulta su libre circulación; a la participación política a causa de la carencia de documentos de identidad y a la imposibilidad de obtenerlos por no tener recursos económicos.

Estas relaciones de privación se traducen en situaciones de sometimiento, subordinación, menoscabo, opresión y represión, lo cual les impide a estos grupos modificar ya sea las formas, el sentido o el contenido de las mismas.

Como dijimos, históricamente se dio una relación entre lo visible y lo decible, aunque no siempre de correspondencia.

En este sentido, ¿habría ahora una relación entre lo invisible y lo no decible, o decible de una determinada manera para que la visibilidad se enturbie aun más?

⁶ Véase Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980.

En efecto, parecería que se habla sobre lo que no se ve y se calla aquello que se ve cotidianamente: gente viviendo en la calle, comiendo basura, gente que vive de la limosna, etc.

Por otra parte, el hecho de que gran parte de los excluidos carezca de documentación se transforma en una verdadera metáfora de la realidad social: una identidad erosionada por el triple proceso de desocupación, desafiliación —o pérdida de los lazos familiares— y desocialización o desintegración.

Ceguera y luz

En *Edipo rey* se da una indagación de la verdad. Edipo, que ha resuelto el enigma de la esfinge, que se ha casado con su propia madre, es aquel tirano que reina gracias al poder oscuro de la sabiduría sin tener en cuenta ni las predicciones de los dioses ni el testimonio de los hombres.

Como sabemos, Edipo se arranca los ojos porque no le permitieron “ver” la verdad, pero mientras reinó sin “ver”, el secreto develado de la esfinge —acción que legitima el poder de Edipo— se desplaza para ocultar a todos —incluso a él mismo— el horror de sus crímenes —la muerte de Layo, el incesto.

La tragedia de Edipo me permite establecer un puente entre el rey de Tebas — poderoso, asesino, “ciego”—, y los sectores hoy dominantes en la Argentina.

Parecería, en primer término, que la “mirada” sobre la exclusión puede abrir el espectáculo de una verdad desnuda sobre uno mismo: “somos co-responsables por ella”. En este sentido, es preferible “no ver” en los excluidos “personas que sienten y piensan” sino “ver” tan sólo sombras que pueden hacerse invisibles. O si

se los ve, se ve en ellos una presencia amenazante, la otra cara del mismo fenómeno de no-visibilidad de la dureza de la realidad social. En efecto, la irrupción del “Otro” desfigura el horizonte que, de ese modo, se vuelve alarmante, desde la diferencia, desde el desconocimiento o el desconcierto que nos invade.

Los sectores condicionados en su “ceguera” por el hecho de detentar instrumentos clave para el dominio y la acumulación económica son acompañados por otros, que si bien no son responsables directos por la situación de indefensión que padecen mujeres, hombres y niños, sin embargo, colaboran desde el silencio en el proceso de cosificación que atraviesa a estas personas. En efecto, los excluidos han sido objetivados —cosificados— de tal manera que pasaron a formar parte del paisaje callejero cotidiano. O, si se les presta atención, es porque puede verse en ellos una metáfora de la contaminación viral: el miedo ante la plaga potencial frente a la cual nos debemos proteger. Otros, obviamente, pueden sumarse a la mirada con fines de caridad.

Asimismo, ante la indiferencia de la gente que busca reducir a silencio a los excluidos, éstos irrumpen y transforman la escena en una forma descarnada; a veces con gritos, haciéndose ver, buscando la mirada del Otro.

¿Qué hace, entonces, que determinados problemas se hagan visibles, se tornen importantes y relevantes, y que, por el contrario, otros no sean tenidos en cuenta?

Nuevas formas de disciplinamiento y control social

El *tener*, el *poder* y el *valer*⁷ delinear, según Ricoeur, las tres esferas institucionales fundamentales para las relaciones del hombre con el hombre: la esfera económica del tener, la esfera política del poder y la esfera cultural del valer o del reconocimiento mutuo.

Existe un puente entre las esferas del tener y el poder, por el cual las instituciones Estado, Mercado, Producción aparecen como agentes de estratificación porque se sustentan, según Foucault, en relaciones de poder que atraviesan el tejido social.⁸ Así, por ejemplo, los ajustes económicos operarían sobre los actores sociales como *disciplinamiento* o *control social*, con atributos que antes encarnaban las fuerzas políticas dictatoriales.

En este sentido, el poder es una relación de fuerzas que excede el marco de la violencia física. Las relaciones de poder llevan a cabo acciones tales como incitar, inducir, desviar, facilitar, dificultar, ampliar, limitar, hacer algo probable o improbable, etc. Son, asimismo, relaciones moleculares o “microfísicas” que rodean a las instancias molares: “el” Soberano o “la” Ley en el caso del Estado; “el” Dinero en el caso del Mercado, para citar sólo dos casos.

Siempre el poder se inviste de formas de justificación para legitimar las relaciones asimétricas. Muchas veces, estas formas se condensan en figuras, imágenes, representaciones, creencias implícitas en el imaginario colectivo, con lo cual, a través de su explicitación —los medios de comunicación cumplen un eficaz papel en este sentido— se actualizan temores dormidos. Por eso, estas figuras o

⁷ Véase Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, ob. cit.

⁸ Véase Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, ob. cit.

imágenes orientan la relación con el Otro, ya que a partir de ellas lo “reconocemos” como igual o como subordinado, como humano o sub-humano.

De esta forma, la esfera del reconocimiento mutuo —o del desconocimiento de la “humanidad” del Otro— se halla intrínsecamente vinculada a las instancias del tener y del poder.

Como vimos anteriormente, el trabajo contribuyó a la estructuración de la identidad de la persona; su pérdida, en consecuencia, trae aparejada el inicio de un proceso de desocialización.

La pérdida de referentes materiales y simbólicos conduce a situaciones de angustia y padecimiento. Por su parte, la sociedad lejos de acercarse a la problemática en toda su real y profunda dimensión, vuelca sobre estas personas formas de estigmatización.

Conclusiones

La radicalización del capitalismo en su búsqueda de racionalización, dio lugar a un nuevo sistema de redistribución de los agentes económicos, en el cual el Estado pasa a cumplir un rol pasivo, motorizando tan sólo aquellas actividades que no obstaculizan la lógica del mercado.

Estamos frente a un modelo de sociedad que reintegra tan sólo de un modo parcial los fragmentos de los sectores desintegrados en una estructura de modernización selectiva. La potencialidad de una integración en este nuevo modelo se percibe como extremadamente remota, o imposible, mientras que el impacto desintegrador se siente en forma concreta en la vivencia cotidiana.

Como vemos, el ingreso al neoliberalismo se correspondió con el ingreso a una sociedad individualista, en la que la disociación entre ciudadano, miembro de la colectividad, y trabajador, miembro de la sociedad civil se vuelve más flagrante. Entre el principio democrático de inclusión e igualdad y el principio productivo de diferenciación y exclusión comienza a producirse una tensión cada vez más pronunciada.

En efecto, la exclusión de amplios sectores de la sociedad expresa la tendencia a la polarización de la economía hasta su punto máximo: la disociación de lo económico y lo social, de la producción y la redistribución, de la competitividad y la solidaridad.

La degradación de la condición de trabajo junto a la fragilización terminan alimentando el crecimiento del número de excluidos. La exclusión es el resultado de un proceso y no de un estado social dado.

La trama espacial y urbana y las interacciones que en ese escenario se producen, son las que mejor expresan la desigualdad, porque la calle es el único espacio que compartimos: los excluidos cuando salen de sus guetos y los ricos cuando lo hacen de sus ciudadelas. La relación es efímera pero permite por un momento que los sujetos de un mundo atisben la vida del otro.

Tenues y abigarradas fronteras se suceden a lo largo de la ciudad, cobrando cada vez más fuerza el definir como delincuentes a los que viven “del otro lado” y que la “buena” sociedad tiende a vislumbrar como un almacigo del delito.

La creación de infinitas fronteras y la tendencia a generar mundos separados dentro de un mismo país, ayudan a levantar los muros materiales que impiden ver

al Otro, a lo cual se agregan aquellas cegueras de otra índole que construyen las separaciones simbólicas entre los sujetos que caminan la ciudad.

Bibliografía

- Argumedo, Alcira, “Argentina: los desafíos de un nuevo tiempo histórico”, en *Ciudadanos*, núm. 2, Buenos Aires, Corregidor, verano 2001.
- Bourdieu, Pierre, *La misère du monde*, Paris. Seuil, 1998.
- Castel, Robert, *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 1993.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1989.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980.
- Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, Tomos I y II, México, FCE, 1998.
- Nun, José, *Marginalidad y exclusión social*, México, FCE, 2001.
- Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, Libro I, Capítulos 1, 2, 3 y 4, Madrid, Taurus, 1991.
- Ricoeur, Paul, “Ideología y utopía: dos expresiones del imaginario social”, en *Del texto a la acción*, Buenos Aires, FCE, 2001, págs. 355 y siguientes.
- Ricoeur, Paul, “Previsión économique...”, en *Histoire et vérité*, ob. cit., París, Seuil, 1990.

